

carabelas que el temporal había arrojado á la playa se fabricase una; dispuso asimismo que se repusiesen todas las averías de *La Niña*, y pensó desde luego ir con Aguado á España en una de las dos carabelas, dejando la otra á los españoles, que no podían quedarse en la colonia sin una embarcación.

Dos meses trascurrieron, al cabo de los cuales se restableció Aguado, y pudo botarse al agua la carabela formada con los restos de las otras, á la que se bautizó con el nombre de *Santa Cruz*.

Colón se disponía á partir para España, cuando recibió una noticia que colmó sus esperanzas.

Esta noticia era el descubrimiento de una rica mina de oro.

Veamos cómo se había operado tal portento.

Pero antes de contar estos detalles, penetremos en los dominios de Guaorocaya para saber cuál era la situación de Anacaona y la de su amada hija Higuamota, á quien dejamos enamorada del valiente soldado Hernando de Guevara.

Capítulo XL.

La conversión de Higuamota.

Después de la derrota de los indios en las llanuras de Bonao, los que no estaban prisioneros y bajo la dominación de los españoles se refugiaron en las cavernas de Cacibaxagua y Amayauna al mando del único cacique que había quedado con vida y en libertad.

Anacaona compartió con él el trono.

Todos, en medio de la soledad y del misterio, juraron terminar á los españoles por cuantos medios estuvieran á su alcance.

Pero para conseguir este objeto necesitaban saber esperar.

La esperanza aliviaba el inmenso dolor que sentía Anacaona al saber que Caonabo estaba en poder de los españoles.

Pero Higuamotoma sufría más que su madre.

No podía olvidar á su amante, al valiente y generoso Hernando de Guevara, que habia despertado en su alma el primer sentimiento de su amor.

Ignorando la suerte que habia tenido el jóven, y deseando á toda costa unirse con él, manifestó á su madre vivos deseos de pasar algun tiempo en compañía de Guarionex y de su hija, á los que accedió la reina, porque comprendió que lo que queria Higuanamota era vivir más cerca de su amante, y no tenia valor para negarle aquel consuelo que, en medio de sus desdichas, sonreia á su corazón.

Higuanamota fué enviada al palacio de Guarionex antes de que ocurriera la catástrofe promovida por Barahona, catástrofe que dió por resultado la muerte del cacique de la Vega Real.

Dije á su tiempo que uno de los misioneros se habia encargado de inculcar los verdaderos principios de la religion á Guarionex.

Este misionero se llamaba Roman Pane, y era un venerable eclesiástico de cincuenta años, de sólida virtud y carácter bondadoso.

Deseoso de convertir á la fé á Higuanamota y á la hija del cacique, no tardó en comprender que la primera poseia cualidades extraordinarias y gran predisposicion á que fructificaran en su alma las saludables semillas que arrojaba en ella.

Higuanamota confió al padre Pane el amor que sentia hácia Hernando de Guevara, y su inquebrantable resolucion de ser su esposa, de amarle con delirio toda la vida.

—Para que consigas tu deseo,—la dijo el venerable sacerdote,—necesitas ante todo profesar su misma religion, abrigar sus creencias.

Higuanamota, convencida de que sólo de este modo podria alcanzar la felicidad, oia con entusiasmo las lecciones del misionero, y sentia que su alma se despertaba á un nuevo mundo, lleno de ventura, que hasta entonces no habia podido adivinar.

Ocurrió la catástrofe acaecida por Barahona, y la esposa de Guarionex, prefiriendo la muerte á la deshonra, puso fin á sus dias arrojándose al rio.

Guarionex, queriendo destruir la fortaleza de la Concepcion, pereció con los que le ayudaron á llevar á cabo esta empresa; su hija quedó esclava, y el misionero, llevando á la Isabela á Higuanamota, pidió á Colon su proteccion para ella.

La jóven india confió con su encantadora candidez á Colon el amor que profesaba á Hernando de Guevara.

El almirante la tomó bajo su proteccion; pero le manifestó que no podria permanecer en la Isabela, ni enlazarse, como deseaba, con su amante, sin la licencia de los reyes.

La jóven deseó con ansia recibir el bautismo, y accediendo Colon á los ruegos de los misioneros, y especialmente á los del padre Roman, fué bautizada misteriosamente en la iglesia, disponiendo que al dia siguiente partiese á reunirse con su madre.

El padre Roman habia hecho una promesa á Higuanamota, y la cumplió.

Quiso quedarse la jóven en el templo orando, y cuando todos los habitantes de la colonia dormían, penetraron en la casa de Dios el padre Roman y Hernando de Guevara.

Hernando amaba á Higuanamota.

La jóven le esperaba.

Enlazando sus manos, recibieron la bendición nupcial, se juraron eterna fidelidad, y Hernando ofreció á su esposa obtener el permiso de los reyes para llevarla consigo á España.

No tenían más remedio que separarse, y Hernando partió, dando á Higuanamota un escapulario de la Virgen, que la jóven colocó en su cuello, considerándole como un talisman precioso.

El padre Roman salió con Hernando, é Higuanamota volvió á quedar sola en el templo.

Era feliz.

Su union estaba bendecida, y el lazo que ligaba su alma á la de Hernando era indisoluble.

Al dia siguiente, acompañada por el padre Roman, fué conducida la jóven india hasta un paraje en donde no podían penetrar los españoles, próximo á las cavernas de Cacibaxagua, desde el cual Higuanamota corrió en busca de su madre.

Anacaona creia haberla perdido para siempre.

Después de saber la desastrosa muerte de Guarionex, habia buscado á su hija sin hallarla.

Higuanamota estrechó con efusion á su madre.

Su alegría contrastaba con la tristeza de la pobre reina.

—¡Madre mia!—dijo la jóven.—El agua del bautismo me ha purificado. El butio de los españoles me ha enseñado á rezar, y me ha indicado los medios de alcanzar la felicidad eterna en el cielo. El ha bendecido mi union con Hernando de Guevara; ya soy su esposa, y él ha ofrecido amarme siempre, llevarme á su país. Tú vendrás con nosotros, y mi felicidad consolará tus desventuras.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—exclamó Anacaona.—¿Has abandonado la fé de tus padres, te has unido para siempre con el extranjero, con el destructor de tus hermanos?

—El es bueno, madre mia.

—¡Oh! No; si hubiera sido bueno, hubiera venido á auxiliarnos, nos hubiera defendido de los suyos, y aun cuando le he buscado en el combate, no le he hallado.

—Estaba prisionero por habernos defendido; no dudes que me ama, no dudes que desea mi bien.

Alégrate, madre mia, alégrate, porque tu hija ha alcanzado la felicidad.

Anacaona sintió agolparse á sus ojos las lágrimas de la desesperacion.

Pero ¿tenia derecho para turbar la dicha de su hija?

No; respetó su ventura, y la dejó entregada á sus ilusiones, mientras ella fraguaba con Guaorocaya y los demás caciques el medio de libertar á su patria del yugo de los extranjeros.